

LA ENGAÑA

UN TÚNEL AL PASADO

BEATRIZ ARTAZA LARIA

librucos*

TÍTULO: *La Engaña. Un túnel al pasado*
AUTORA: Beatriz Artaza Laria
COORDINADOR EDITORIAL: Ramón Villegas López

© De los textos: Beatriz Artaza Laria, 2020
© De la presente edición: Librucos / Ramón Villegas López, 2020

EDICIÓN: Librucos / Ramón Villegas López / www.librucos.com

DISEÑO DE CUBIERTA: Quálea Editorial, S.L.U.
IMAGEN DE PORTADA: © Dakota Sky / Adobe Stock
IMÁGENES DEL INTERIOR: Primera parte: © Roberto Raba
Segunda parte: © Bruno / Adobe Stock
Tercera parte: © Givaga / Adobe Stock
MAQUETACIÓN INTERIOR: Quálea Editorial, S.L.U.

IMPRESIÓN: Printhauss (Bilbao)

DISTRIBUCIÓN: Ramón Villegas López (Torrelavega)
Teléf.: 942 086 406
E-mail: rvillegaslibros@gmail.com

EN INTERNET: www.temasdecantabria.com (librería online)
www.librucos.com (web de la editorial)

ISBN: 978-84-121345-9-9
DL: SA-397-2020

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

*Para Alize.
Mi todo.*

Esta novela está ubicada en un emplazamiento real y en un marco histórico verídico. Aunque sus personajes y la trama son ficción, las descripciones de todos los lugares, tanto antiguos como actuales, son fieles a la realidad. También se recogen algunos hechos de interés acaecidos en aquella época.

PRÓLOGO

CORRÍA ATERRADO Y SIN RUMBO entre las tinieblas, intentando escabullirse de sus agresores. Con las manos atadas a su espalda, jadeante y con el corazón al borde del colapso, buscaba un escondrijo donde guarecerse para darles esquinazo, pero estaba demasiado oscuro. La luz de la luna asomaba ligeramente entre las nubes, mas su débil halo apenas atravesaba el follaje de los robles. Miró hacia atrás para constatar a qué distancia se encontraban los asaltantes y comprobó que le pisaban los talones. El calor de agosto, el dolor producido por los golpes y el miedo no le dejaban pensar con claridad. Intentó encaramarse a un árbol, lo que le resultaba harto difícil al tener imposibilitados los brazos. Con mucho esfuerzo, de alguna manera, consiguió trepar al tronco de un viejo castaño medio tumbado, ayudándose de las piernas e incluso de la boca, mordiendo una rama para no caer. De pronto, sintió cómo alguien lo agarraba de un tobillo tirándolo al suelo.

Sin darle tiempo tan siquiera a darse la vuelta, uno de los dos hombres, tal alimaña, se lanzó contra él arremetiendo con toda su fuerza. Pataleó e intentó zafarse, pero su contrincante era mucho más fuerte y grande que él. Los puñetazos y patadas terminaron por dejarlo medio inconsciente en el suelo. Lo amordazaron y lo llevaron hasta el que sería su eterno sepulcro.

PRIMERA PARTE

Pablito



1

8 de octubre de 1946.

LOS TRUENOS RUGÍAN CON FUERZA en la zona norte de Burgos, dando la bienvenida al crudo otoño que estaba por llegar. La noche era oscura y fría. La torrencial lluvia, acompañada de un fuerte viento, azotaba despiadadamente las casas, los árboles y todo lo que se ponía a su alcance. Las frágiles ramas, desprovistas ya de hojas, se quebraban con facilidad, cayendo sobre los tejados. El cielo parecía que iba a rasgarse en cualquier momento cuando descargaba rayos del tipo *nube a tierra* iluminando las modestas viviendas de Pedrosa de Valdeporres con sus espectaculares ramificaciones que abarcaban varios kilómetros. Feli, con su maltrecha cadera, corría cojeando como podía, guareciéndose inútilmente bajo un paraguas medio roto, en busca de Antonio. Consuelo la avistaba perpleja desde la ventana de la cocina mientras recogía la mesa tras una sencilla cena compuesta por huevos fritos, pan y un vaso de leche. Se sorprendió al verla cruzando las vías del tren a toda prisa bajo un aguacero tan virulento y pensó que algo grave debía de haber ocurrido. Abrió la ventana lo suficiente como para poder llamarla, pero el enérgico

viento cargado de heladoras gotas de lluvia le abofeteó la cara, obligándola a cerrar los ojos.

—Feli, ¿a dónde vas tan corriendo? ¿Pasó algo? —preguntó atónita tras su espalda.

—¡Aurorita está de parto! ¡Está de parto y algo no va bien! Voy a buscar al padre —contestó sin mirar tras de sí mientras avanzaba de forma estrambótica con su particular danza.

La oscuridad apenas le dejaba ver el camino, pero los cientos de veces que lo había recorrido le permitían avanzar casi como si se encontrase a plena luz del sol. Cuando los relámpagos convertían el cielo nocturno en día, alzaba la mirada para asegurarse de no caer al río o tropezar con algo. La suave luz de las velas, que asomaba tímidamente por algunas ventanas, hacía de guía, facilitándole la ubicación. La imponente tormenta había causado un apagón en Pedrosa y alrededores, lugares donde hacía no mucho que había llegado la luz eléctrica.

Su extravagante y tortuoso caminar la acompañaba desde muy niña, cuando tuvo la mala fortuna de caerse de un caballo. A pesar de estar días quejándose por el intenso dolor, nadie supo ver el estropicio que el accidente le había ocasionado. Su familia pensó que se trataba de un simple golpe y que la niña exageraba para llamar la atención, pues había tenido una hermanita tan solo un par de semanas atrás y creyeron que se trataba celos. No quería andar, se quedaba junto a su recién nacida hermana llorando, lamentándose y reclamando atención. Su padre se pasaba el día fuera de casa trabajando y su madre, tras el parto y teniendo a su cargo otros tres hijos y un suegro impedido en la cama, no le hizo demasiado caso. Un día, por desesperación, llamaron al médico, pero ya no había nada que hacer: el hueso había soldado. Felisa, a la tierna edad de tres años, había sufrido una rotura de cadera. Ése era el motivo por el cual arrastraba una cojera desde que tenía uso de razón.

Consuelo cerró la ventana rápidamente y salió de casa como alma que lleva el diablo. Les dijo a sus hijos y a su marido que se acostasen, pues tenía que ayudar a la niña de Antonio. Bajó casi volando los dieciséis escalones que la separaban de la calle y corrió a socorrer a su estimada vecina. El frío burgalés la hizo estremecerse. Con las prisas no había cogido un paraguas para protegerse de la lluvia, tan sólo el habitual y conocido abrigo, al que había dado la vuelta varias veces para aprovechar la parte menos ajada por el paso del tiempo. Se tapó la boca con una toquilla de lana deshilachada y se apresuró para socorrer a su querida Aurorita.

La gélida y peligrosa calle se hallaba sumida en una penumbra absoluta, no se veía un alma. Hacía unos años, un rayo similar a los de esa noche había alcanzado a un labriego y le había dejado casi calcinado al instante. Desde aquel día, a Consuelo le daban pavor las tormentas eléctricas. Poco antes de llegar al domicilio de Antonio, pese al soniquete de la lluvia arremetiendo contra el suelo y los bufidos del vendaval, oyó los gritos y lamentos de la desdichada parturienta: una niña de escasos quince años, huérfana de madre, sin hermanos y con un padre alcohólico que no se preocupaba de ella ni de nadie. Se horrorizó por los alaridos, cada vez más desgarradores, que se escuchaban claramente por más que las ráfagas de viento se esforzaban por enmudecerlos. La desvencijada puerta estaba semiabierta. Entró y la cerró tras de sí con un sonido chirriante para que el fuerte viento no penetrara en el hogar, aunque dentro hacía casi tanto frío como fuera. El vaho salía inevitablemente de su boca y de sus fosas nasales debido al resuello de la carrera. El pasillo, en penumbra, con desconchones a los lados, y el suelo de madera apolillado, negro y áspero daban la bienvenida a la ruinosa vivienda. Una vela en un viejo candelabro colgado de la pared, cubierto de telarañas y polvo rancio que no alumbraba más allá de su aura, dejaba vislumbrar tenuemente

un retrato de Aurora, la bella y joven madre de Aurorita. Se encaminó hasta el final del angosto pasillo con el corazón en un puño. Al término de éste se hallaba la habitación de la chiquilla, que no dejaba de gritar de dolor. Un débil haz de luz salía de allí invitándola a entrar. Al abrir la puerta de la alcoba, atisbó la cara de una de sus vecinas: Jimena; era de pánico y angustia, parecía desesperada. Se acercó hasta la cama y contempló con amargura a una muchacha que se iba en sangre. Las sábanas rojas, las piernas semiflexionadas, ensangrentadas, y una improvisada matrona delante de ella intentado sacar de sus entrañas una criatura por todos los medios, dejó a Consuelo paralizada. La parturienta se movía agitadamente, gritaba sin parar, pero cada vez con menos fuerza.

—¡Consuelo, agarre a la niña que se nos va! —le pidió Jimena con las manos cubiertas de sangre, la cual se afanaba en darle la vuelta al bebé dentro del vientre, pues venía de nalgas.

—¡Sí, voy, voy! —respondió sin saber muy bien qué hacer.

La imagen era desoladora. Una niña, incapaz de discernir lo que le estaba pasando, no paraba quieta en la desbaratada cama. Intentaba levantarse una y otra vez, como si con ello los dolores fueran a desaparecer y el bebé que estaba a punto de nacer se fuera a desvanecer por arte de magia.

Era la primera vez que Consuelo entraba en esa casa tras la triste muerte de Aurora. Antonio se había alejado de todo el mundo y no permitía visita alguna. La habitación estaba amueblada con una antiquísima cama, una caja de madera del revés junto a la cabecera, que hacía las veces de mesilla, y un armario al que le faltaba una puerta. Las paredes estaban llenas de humedades y desconchones y, a pesar de estar alumbradas por unos cirios, era imposible averiguar el color de las mismas. Era un bajo frío, viejo, medio en ruinas, sin ningún tipo de calefacción. Ensimismada por el sonsonete de la contraventana al chocar contra la fachada agitada por la ventolera, oyó que Jimena la llamaba.

—¡Viene de nalgas y no consigo darle la vuelta! ¡Está perdiendo muchísima sangre y su padre sigue sin aparecer! —anunció dándole a entender lo que podría ocurrir.

—Aurorita, cariño, no te muevas, Mena te está ayudando. Estate tranquila, que está aquí *la* Consuelo *pa* cuidar de ti —aseguró mientras con una mano le acariciaba la frente sudorosa y con la otra intentaba sujetarla contra el colchón de borra.

—¡Ayúdeme, *made!* —gritaba desconsolada la parturienta.

Consuelo miró a su vecina y por su semblante presintió que no era capaz de conseguir su propósito. El parto era complicado y temía por la vida de la futura madre que aún era una adolescente. Se puso a rezar todo lo que sabía, rogando que todo saliera bien, aunque los gestos de la muchacha y de Jimena auguraban lo peor. Un estrepitoso trueno hizo temblar hasta los cimientos del edificio, como un presagio.

Aurorita era la única hija del matrimonio compuesto por Antonio, un humilde pastor que poseía unas pocas ovejas y otras tantas gallinas para poder subsistir, y Aurora, una bella mujer de ciudad que le robó el corazón nada más verla en un baile de verano dos años antes de que naciera la pequeña.

Corría el año 1930 cuando Aurora y sus amigas fueron hasta las fiestas de Pedrosa de Valdeporres desde Santelices para pasar la tarde. Era la primera vez que salía a bailar y estaba extasiada con la música y con los chicos que la contemplaban estupefactos por su increíble belleza. Hacía poco que se había instalado en el pueblo. Juan, su padre, había perdido el trabajo en Burgos y tras mucho pensarlo decidió volver a sus orígenes. En Santelices, sus abuelos paternos regentaban un bar y les habían animado a vivir con ellos en la vivienda familiar situada justo encima, hasta que encontrasen algo mejor. Juan, junto con su mujer Emily, la niña de sus ojos y sus otros tres retoños